

Las Hazas de la Iglesia

Yo, D. Diego de Aranda, prior de esta humilde abadía de Santa Maria, en vista de los acontecimientos que acaecen, he decidido dejar por escrito todo cuanto pueda recordar, en espera que mis palabras lleguen algún día a las manos adecuadas.

“Corría el año de Nuestro Señor de Mil Ciento Cincuenta, cuando D. Alfonso VII, cedió la custodia de Calatrava a nuestra Orden. Tres años antes había sido reconquistada para la cristiandad, con la ayuda, entre otros muchos, de un nutrido grupo de caballeros templarios.

Bajo la talla de la Virgen que hoy custodio, se guarda con celo el manuscrito que relata como nuestra Señora ayudo a mis hermanos en la conquista de la fortaleza. Y donde cuenta como habiendo caído la noche sobre la aldea que llaman Malagon, entre las tropas de la cristiandad fue corriendo el rumor, de que si al día siguiente Calatrava no era tomada, habría que retroceder de nuevo hasta un enclave seguro. El castillo estaba bien defendido, el enemigo había cubierto las murallas con una cadena humana de centinelas que guardaban cada una de sus piedras y penetrar en la inexpugnable fortaleza, era una misión, que simplemente se antojaba inalcanzable.

Fue al Temple, junto con las mejores tropas del rey nuestro señor, a quien se le encomendó la tarea de abrirse paso hasta los mismos pies del castillo. Y rayando el alba se encontraron nuestros caballeros justo frente al imponente alcázar, al otro lado del río que defiende la alcazaba y separados de esta por cuarenta brazas de terreno pantanoso

El punto flaco de la defensa se encontraba en el alcázar, la torre pentagonal y la torreta de la noria del castillo, solo estaban custodiadas por unos pocos centinelas. Confiados en la defensa natural que el Guadiana ofrecía en esta parte, no pensaron que a cristiano alguno se le ocurriese cruzar por la parte mas ancha y fangosa de aquel impredecible río, que ya se había tragado muchas vidas al querer internarse en sus engañosas y oscuras aguas.

Pero nuestros hermanos templarios, guiados por una intuición que en ese momento no supieron discernir, llegaron hasta ese enclave poco después de la medianoche, cuando la luna tenue se vislumbraba por encima de sus cabezas y agazapados tras los arbustos de tarays que jalonaban la orilla, decidieron aguardar el amanecer, en espera de una orden, que les indicara retroceder, o avanzar, aun a costa de sus propias vidas.

Y poco antes del alba, cuando ya casi estaban desvanecidas sus esperanzas de proseguir con el asedio, entre la brumosa niebla que subía espesa entre los juncos, se vislumbro un débil resplandor. Callaron todos, aun mas si era posible, y entre el sigilo de la noche que se iba, la débil fosforescencia de las aguas se transformo en una mujer, tocada de manto celeste, que con su mano blanca y suave les indicaba que siguieran su camino. Y fueron guiados entre las rumorosas corrientes de las aguas, sin caer ni uno solo de ellos, en las fauces cenagosas de aquel río embaucador. Subieron por los enormes cangilones hasta la torreta, donde dieron muerte a los distraídos guardianes que custodiaban la coracha y avanzando silenciosamente llegaron hasta el mismo vientre de la ciudadela. Avisado el resto de la guarnición atacaron en tropel desde todos los puntos hasta que finalmente Calatrava fue tomada.

D. Alfonso había prometido al Temple, que una vez asentada la zona, toda la comarca quedaría en manos de la Orden, para que con la ayuda de Nuestro Señor y de su Madre, Santa Maria, fuese defendida de las manos infieles.

Y tres años más tarde, el Rey cumplió su promesa y entrego Calatrava con todos sus aldeaños, para que fuese defendida y repoblada por moradores cristianos venidos de los más diversos puntos de toda la cristiandad.

Aunque no por todos era sabido, Calatrava había sido habitada desde siempre. En lo mas hondo de sus cimientos, dormían sepultados los vestigios de todos sus moradores, ocultos a ojos profanos, que no quisieran mirar mas allá de lo visible. Su río enigmático y misterioso, abrazaba la ciudad, entre nieblas de inviernos implacables y calimas de veranos áridos, convirtiéndola en un enclave, único, mágico y poderoso que emanaba una fuerza tal e impregnaba el enclave del tal magnetismo, que el Temple, como en muchas otras de sus plazas, quería poseerlo para si.

La primera misión de mis hermanos, fue, como no, erigir un templo en honor de nuestra Señora. Y el gran Maestre D. Bernard de Tremelay, enterado de la enigmática aparición de la dama que había guiado a las tropas a través de la ciénaga del río, ordeno tallar una imagen sedente de la virgen, a la que a partir de entonces se veneraría en la magna fortaleza.

La imagen era sencilla y austera, tallada en una extraña madera tremendamente oscura, que decían procedía de algún remoto lugar allá en Asia, de unas 30 pulgadas de alta por unas 12 de ancha, tocada con un manto policromado en turquesa, y asentado sobre su rodilla izquierda, un niño de carita pequeña y redonda que con gesto inexpresivo, miraba al infinito. En su mano derecha sostenía una piedra redonda que simbolizaba el principio del mundo impenetrable e ignoto.

El Temple conseguía así otro enclave único en el que adorar a otra de sus vírgenes únicas.

Y durante siete años la Orden defendió Calatrava de las iras y ataques del enemigo. Pero intereses políticos y religiosos habrían de jugar un papel importante en la historia de Calatrava, y aparentemente el nombre del Temple quedo apartado de toda relación directa con dicho emplazamiento.

La vieja fortaleza era, en aquella fecha, uno de los puntos más estratégicos frente al poder musulmán y tenerla podía significar fama, poder y riquezas provenientes de los fuertes botines que en ocasiones se pactaban con el enemigo. Veladamente todos ambicionaban aquella posesión, otras ordenes religiosas o militares, caballeros y nobles, e incluso mas calladamente el propio Papa. Pero D. Alfonso había prometido al Temple su custodia y su palabra fue cumplida mientras el rey nuestro señor, estuvo con vida, pero una vez acaecida su desgraciada muerte a su hijo y heredero el Rey D. Sancho III le sobrevino el grave problema de la custodia de Calatrava.

Tras la muerte de su padre, las tropas musulmanas arreciaron sus incursiones en la provincia de la Mancha, Calatrava y Alarcos, eran las dos joyas que los musulmanes ambicionaban para situarse lo mas cerca posible de Toledo. Mientras tanto por el bando

cristiano eran varios los pretendientes a tan valioso emplazamiento y D. Sancho era cada vez mas coaccionado por nobles, caballeros y reyes para la cesión de Calatrava a cambio de los distintos favores recibidos en las luchas contra el ejercito musulmán.

El Papa Adriano IV tuvo conocimiento de la importancia de esta valiosa plaza y a pesar de ser el Temple una orden supuestamente manejada por él mismo, la realidad era otra muy distinta, por lo cual quiso la plaza para si a través de otra de las Ordenes mas importantes y notables de la época, en la cual efectivamente si era él, el propio Papa quien tomaba las decisiones, Los Hospitalarios de San Juan.

D. Sancho no podía ceder Calatrava a los designios del Pontífice, sabía que esto seria terrible para Castilla, podría perder su poder, no ya a manos de los musulmanes, sino de un poder aun más absoluto, el propio Papa, lo cual a la larga seria fatídico para el reino.

Mediante una hábil maniobra de descrédito, la Iglesia se encargo de difundir la supuesta incapacidad de la Orden del Temple para la defensa del territorio cuya cabeza visible se hallaba en Calatrava, y se cuenta que incluso hubo discretos encuentros con poderosos emires musulmanes para forzar la situación en la zona.

Ante lo complicado de la situación, D. Sancho se encontró con el difícil dilema de la custodia de aquel mítico enclave. El no estaba en condiciones en aquel momento de velar por la defensa de la plaza, pero asimismo no podía ceder tan valioso lugar a las ambiciosas manos de ninguno de sus pretendientes y por otra parte quería evitar el terrible enfrentamiento que dicha cesión podría provocarle con el Temple.

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo quiso, que durante aquellas fechas, se hallase en Toledo fray Diego Velázquez, uno de los mas queridos y fieles amigos de D. Sancho, que en compañía de Fray Raimundo de Fitero, se hallaban en la ciudad con los documentos de todas las cesiones obtenidas por su orden, la del Cister, para que fuesen firmadas y ratificadas por el monarca.

D. Sancho, preocupado por el grave dilema de Calatrava, transmitió a su amigo D. Diego todos los problemas que le causaban los distintos intereses sobre la custodia de la plaza y su sabio e inteligente amigo prometió rezar por él para que cuanto antes, quedase todo solucionado de la forma mas conveniente para todos. Y esa misma noche, mientras D. Diego se encomendaba a Nuestra Señora en su obscuro y silencioso aposento, una ráfaga fugaz de claridad ilumino su mente con la solución de aquel transcendental asunto. Corrió enseguida a buscar al cuarto contiguo al abad Raimundo para concretar con él, cada uno de los pasos a seguir en tan intrincando conflicto. Y cuando apenas despuntaba el alba, fray Diego y el abad Raimundo, ya tenían claras las directrices a seguir y el enfoque que se había de dar, por lo cual se presentaron ante el Rey llevando con ellos la solución tan esperada.

Y apenas un mes después de todo aquello, cuando en la ciudad de Toledo, solo se hallaban los nobles mas cercanos y fieles al señor D. Sancho III de Castilla, y encontrándose este en la audiencia que habitualmente se impartía, se presentaron ante él, sin permiso previo, el maestre Templario de Calatrava con dos de sus mas cercanos freires, portando en un pequeño baúl el cetro y los documentos de la concesión de la plaza y aledaños, a la insigne Orden del Temple. Hincándose de rodillas ante el rey, su

señor, ofrecieron le con formalidad el presente que portaban, alegando para ello, la incapacidad de su Orden para la defensa de tan importante fortaleza. El rey, recogió lo que los Templarios le ofrecían, aparentemente contrariado.

La corona no podía en aquel crítico momento hacer frente al gran coste humano y económico que Calatrava suponía, por lo que emplazaba a una audiencia extraordinaria a todo aquel que quisiese la custodia de Calatrava, y acreditase estar capacitado para ello. Dicha audiencia, dado lo justificado de la situación, tendría lugar en Toledo, en el breve espacio de una semana.

En tan corto plazo de tiempo, era imposible que ninguno de los que con más ahínco pugnaba por la custodia del enclave, pudiese llegar a la ciudad. Casi todos ellos estaban lo suficientemente lejos del reino, como que para cuando se cumpliese la fecha de la audiencia, apenas si hubiesen acabado de recibir al mensajero portando tan grata noticia, y en los casos de los mas cercanos, los rigores del duro invierno castellano se encargarían de frenar su llegada. Por lo tanto, el día concretado para tal fin, solo se hallaban presentes los nobles y caballeros más cercanos al reino, que a su vez también eran los mas cercanos y obligados al rey.

Tan extraordinario evento fue debidamente protocolizado por los notarios reales, y ante la pregunta de D. Sancho de quien quería y podía optar a la custodia de Calatrava, ninguno de los presentes se pronuncio. Solo tras un largo momento de silencio, después que el rey hubiese formulado por tercera vez su pregunta, una mano tímida se alzo entre los asistentes y con voz débil y dubitativa se dirigió al monarca. “Mi señor, yo, Fray Raimundo, abad de Fitero, solicito dicha custodia en nombre de mi orden, el Cister, para defenderla del ataque infiel, con la ayuda de Dios Nuestro Señor, y el apoyo de su magnánima majestad”.

El serio semblante del monarca no vario ante el ofrecimiento del abad, pero dicen quien bien lo conocían, que sus ojos oscuros brillaron como lumbres chisporroteantes cuando el tímido fraile acabo su frase.

Solo D. Sancho, fray Diego, fray Raimundo y los tres monjes llegados de Calatrava conocían con exactitud todos y cada uno de los vericuetos seguidos en la intrincada trama de la cesión de la custodia, el resto de presentes solo sabían que el cister estaba interesado en la plaza y que D. Sancho, ante la imposibilidad de una opción mejor, lo aprobaba. La verdad que se escondía detrás de ello, era que el Temple no abandonaría Calatrava, solamente unos pocos hermanos lo harían, el resto se quedarían unos pocos abrazando las reglas del Cister, otros pocos como simples monjes instalados en el cercano pueblo de Turrillo.

Y mientras los cistercienses se iban instalando y los Templarios nos preparábamos para abandonar la fortaleza, convivimos en ella las dos órdenes, y de esa convivencia fue surgiendo la idea de la creación de una nueva Orden Militar, en la que como el Temple albergaría a monjes guerreros.

La nueva Orden nació con el consentimiento y el beneplácito de las otras dos, reuniendo, o intentando reunir lo mejor de cada una de ellas. Y al frente de la nueva Orden que seria bautizada como Calatrava, en honor a su fortaleza, las dos personas que

tan importante papel habían jugado en esta nueva fundación, El Abad Raimundo de Fitero y fray Diego Velásquez.

Pero antes y a los ojos del resto de los interesados, El Temple y su Virgen Negra debían abandonar la plaza. Y así se hizo, aparentemente. Ya que unos meses después, en la humilde abadía que unos viejos monjes del Temple, convertidos ahora en freires Calatravos, habían abierto en el cercano pueblo del Turrillo, llevo cuidadosamente envuelta, la talla de una virgen de características similares a la que en su día se había venerado en la inconclusa iglesia de la fortaleza, pero su rostro era blanco, sus manos, su niño, todo blanco, como pieles de armiño, con un ligero color rosado tiñendo sus mejillas, las delgadas líneas de sus rostros subían discretamente simulando una triunfal sonrisa y su mano derecha, sostenía una diminuta flor de lis, que en nada se asemeja a la gran piedra redonda y negra que la otra ostentase. El manto era blanco, como todo en ella, blanco. Y la sencilla peana que había sustentado a la otra talla, se había convertido en un gran cielo cespado que servía de apoyo a los pies de nuestra señora. Los ligeros retoques de la imagen, y el hecho de que a la iglesia de la fortaleza nunca hubiesen tenido acceso más que unos pocos habitantes de la comarca, hizo que nadie sospechase que aquella imagen no era otra sino la adorada Virgen Negra que el Temple había adorado bajo la advocación de Santa Maria. Nadie supo que la gran piedra negra se escondía en la peana grandiosa que semejava un cielo, nadie imagino que tras sus blancos retoques se hallaba la oscura madera que convertida en Virgen, el Gran Maestre regalo en su día a sus monjes, nadie sospecho que bajo la nueva advocación de Santa Maria de la Blanca, no se escondía otra cosa que la antigua Santa Maria...la negra.

Durante largos años en aquel pueblo perdido de la gran provincia de la Mancha, se mantuvo alejada de todo trasiego la imagen sagrada. En Calatrava solo se mantuvo en su iglesia una gran cruz y una talla tosca de una virgen sencilla que reposaba con suavidad sus manos sobre un regazo limpio de todo adorno.

A Calatrava fueron llegando muchos monjes guerreros venidos desde todos los rincones de la cristiandad, para abrazar la nueva Cruz Negra, que no era otra sino una cruz templaria profusamente adornada en sus extremos. La relación entre las dos ordenes se mantuvo siempre tapada, los poderosos intereses políticos y religiosos aconsejaban que así fuese, si una de las dos era atacada siempre quedaría la otra para refugio de los otros hermanos y con el tiempo quedaría demostrado que nuestros grandes maestros no se habían equivocado.

En el fatídico año de 1195 Alarcos, Calatrava y toda la zona paso a dominación árabe. Solo hubo el tiempo justo de huir hasta Toledo, y entre nuestros hermanos y caballeros, como no, nuestra querida imagen. Durante 17 años se alojo en una semiderruida sinagoga toledana, que había sido abandonada por los judíos, y que posteriormente cuando los calatravos volvieron a su lugar, volvió a ser destinada al culto judío.

Pero al fin Calatrava fue recuperada para la cristiandad, por nuestro Señor D. Alfonso VIII. Y de nuevo todos nuestros hermanos volvieron a la fortaleza y nuestra imagen a su vieja abadía.

Pero para la orden se hacia necesario cambiar su emplazamiento a un lugar mas cercano al envite enemigo y marcharon a lo que hoy se conoce como Calatrava la Nueva. El castillo y la Iglesia quedaron prácticamente abandonados, tan solo lo

habitaban viejos monjes demasiado achacosos para presentar batalla al enemigo. Y para no perder del todo el mágico influjo del lugar, se decidió abrir para el culto a los campesinos y pescadores que habitaban la zona, la vieja iglesia que los musulmanes habitan convertido en mezquita y que aun, entre los muros del maltrecho castillo, conservaba intacta su estructura. Se hizo una copia exacta de nuestra Virgen Blanca y se llevo hasta allí, donde se la adoro por largos años.

Y la humilde abadía de Turrillo, siguió guardando con celo la verdadera imagen de nuestra Señora, sin que nadie, durante todo aquel tiempo sospechase, que bajo su nueva y blanca policromía se escondía uno de los grandes tesoros del Temple”.

Pero las noticias llegadas desde Francia, nos vuelven a hacer cautos de nuevo. Nuestra Orden esta siendo acosada y perseguida, y aunque no es seguro creemos que nuestro Gran Maestre Jacob de Molay, ha sido asesinado a instancias del Rey francés y del propio Papa. Algunos de nuestros hermanos han huido y están refugiándose en órdenes amigas. Los últimos mensajeros que llegaron a Calatrava están aconsejando a la orden mantenerse más ocultos que nunca. A nuestra humilde abadía han llegado varios hermanos disfrazados de falsos peregrinos, que se han unido a la población como simples campesinos. Con ellos han venido importantes documentos y objetos de incalculable valor, que esperamos en su momento nos sirvan para el nuevo auge de nuestra orden. Otros de nuestros hermanos se hayan dispersos por distintos puntos de Castilla, Galicia, León y sobre todo Portugal.

Sin embargo otro gran problema nos acosa, el pequeño pueblo de Turillo en el que nos hayamos instalados desde hace casi dos siglos; sufre una continua despoblación debido a diversas causas, en breve, es probable que nosotros mismos hayamos de buscar un nuevo emplazamiento, quizá en los alrededores de Almagro. Los documentos del Temple y sus numerosos bienes traídos desde Francia por nuestros hermanos se encuentran bien escondidos en los más hondos cimientos de nuestra iglesia. Y esta carta será asimismo oculta en lugar seguro y a salvo de cualquier mano ajena a nadie, que no sea uno de nuestros hermanos, o el propio Maestre de Calatrava, a nadie más. La talla de nuestra señora, se ocultara en algún lugar seguro durante el tiempo que sea necesario y se custodiara con nuestras vidas si fuese preciso.

De ella solo quedara el pequeño recuerdo de su nombre, Santa Maria, bajo la advocación a la sencilla talla que aun sigue venerándose en la fortaleza. De ella tan solo quedara un leve recuerdo en la imagen de Nuestra Señora de Santa Maria de la Blanca.

Y de nuestra abadía, si hemos de abandonarla, solo quedaran los escombros sobre sus cimientos.. De ella, en unos años, cuando quede reducida a haza de cultivo, solo quedara el leve recuerdo de su iglesia”.

(Este es de manera aproximada lo que decía el documento que un gran amigo me contó que fue encontrado en la talla de una Virgen románica cuya restauración le fue encargada debido al lamentable estado en que la habían encontrado abandonada en el sótano de la sacristía de una iglesia .Pero desgraciadamente el legajo de pergaminos que

la contenían y que volvieron a introducir en el lugar encontrado, una vez leído por mi amigo y un pequeño grupo de personas, que por pudor no mencionare, desaparecieron poco después misteriosamente. Me consta la inocencia de mi buen amigo en esa triste desaparición, y por respeto a el, y a la preciosa imagen que un día los contuvo, he preferido no mencionar el nombre del pueblo donde se encuentra).

Lanzarote del Lago.

Octubre de 2008.